

ADVERTENCIA

SOBRE EL LIBRO DE LOS NÚMEROS.

Los Hebréos siguiendo su costumbre, llamaron este cuarto libro del Pentateuco ויקרא, *Y habló*; porque esta es la primera palabra con que se empieza en el texto hebréo. Los LXX le llamaron ἀριθμοί, *Números*, nombre que adoptaron los Latinos, por cuanto en sus primeros capítulos se hacen varias numeraciones ó censos del pueblo de Israel. Comprende demás de esto la historia y acciones de Moysés y de los Hebréos, desde el mes segundo del año segundo de su salida de Egipto, cap. 1 hasta casi tocar en el fin de la vida de Moysés, esto es, el espacio de treinta y nueve años menos tres meses ¹. En él se describen las mansiones ó acampamentos que hicieron los Israelitas por el desierto desde el monte Sinaí; y se leen tambien varios mandamientos que les dió el Señor, y muchas leyes ceremoniales y judiciales, ó para suplemento de las que no se habian dado tan expresamente en el Éxodo y en el Levítico, ó para encarecer la observancia y respeto que se debía á las que de antemano estaban ya publicadas.

Dios mandó á Moysés que hiciera el censo ó encabezamiento de su pueblo, para acreditar la verdad de las promesas ² que habia hecho á Abraham ³, de que su posteridad se multiplicaria como las estrellas del cielo, y como los granos de la arena que están sobre la ribera del mar; y así de setenta personas de la familia de Jacob, que habian entrado con él en Egipto doscientos años antes, se contaron descendientes de él al tiempo de la salida, mas de seiscientos mil hombres de armas, sin entrar en esta suma un número muy crecido de niños y de jóvenes que todavía no llegaban á veinte años, de mujeres y de viejos, además toda la tribu de Levi destinada únicamente para el ministerio del altar.

La relacion de los hechos, que se leen en este libro, nos pone á la vista unas espantosas pruebas de nuestra miseria en la persona de los Israelitas. Nuestras infidelidades y rebeldías cotidianas se ven sombreadas en las de aquel pueblo carnal y rebelde. Nos engañamos si creemos, que lo que aquí se refiere, no habla con nosotros, sino que mira únicamente á lo que pasó con aquellos. Nos admiramos, y á la verdad es cosa que no puede leerse sin espanto, que aquel pueblo, despues de haber visto tantos prodigios obrados por el Señor, para que lograra su libertad, y para que llegara á la posesion de la tierra, que le tenia prometida; y despues de haber experimentado y tenido á su favor todos los socorros y proteccion del cielo, se mostrara tan duro é inflexible; pues le vemos casi siempre dispuesto para rebelarse á cada momento contra su Omnipotente Bienhechor, hasta pretender insultar su poder, olvidando todo lo pasado, y pagando con repetidas ingratitudes las continuas y visibles muestras, que les daba, de su proteccion y cariño. Pero si entramos dentro de nosotros mismos á reconocer y meditar con un poco de atencion las disposiciones de nuestra alma, quedaremos mas espantados al ver que despues de la muerte de un hombre Dios, que lavó con su sangre todos nuestros delitos, que nos reconcilió con su Padre, que nos sacó de la esclavitud y tiranía del demonio, y que nos proporcionó tanta copia de bienes para nuestra salud; apenas sentimos en nuestro corazon una ligera impresion,

¹ Deuter. 1, 3.

² Theodor. Quæst. 1 in Numer.

³ Genes. xxii, 17.

ADVERTENCIA.

381

que nos excite y aliente a serle agradecidos; antes por el contrario registramos horrendas y repetidas pruebas de nuestra ingratitud y desprecio. Estas é iguales reflexiones son las que han de acompañar la leccion de estos santos libros.

Quiero añadir aquí otras muy graves y de mucha instruccion, que son igualmente de un traductor é intérprete muy docto y piadoso de la Biblia ¹, y que pueden ser muy del caso para reprimir la osadía de los que se llegan á leer las santas Escrituras movidos solamente de una ociosa curiosidad. Ninguno debe tener por extraño, dice este autor, que en muchos capítulos de este libro se lean muchas cosas, que en la apariencia no presentan cosa que sea de edificacion, y que mas bien parece que debilitan y hacen descaecer aquella profunda veneracion, que se debe á todo lo que ha sido dictado por el Espíritu Santo. San Agustin y otros Padres afirman que la Iglesia es depositaria de dos tesoros muy preciosos, esto es, de la palabra de Dios, y del cuerpo del Hijo de Dios; y que profesa á uno y á otro la mas profunda veneracion. ¿Pues cuál de los dos crees tú, dice este grande doctor ², que es mayor, la palabra de Dios, ó el cuerpo de Jesucristo? Si me quieres responder con sinceridad me debes confesar, que su palabra no es de menor respeto que su cuerpo. El mismo Padre añade, que ninguno debe acercarse á comer la carne del divino Cordero sacrificado sobre los altares, sin haberle antes adorado: y los Concilios nos enseñan que debemos no solamente respetar, sino adorar las palabras de la Escritura. Y así es evidente que la palabra de Dios y el cuerpo del Hijo de Dios, en sentir de los Santos, son dignos del mismo respeto, como que uno y otro son los objetos de nuestra adoracion y de nuestra fe. Pero hay entre otras muchas esta diferencia, que Jesucristo en la Eucaristía es un Dios escondido, *Deus absconditus*, como se nombra en la Escritura ³: un misterio de fe, como le llama la Iglesia en el cánón de la misa; pero no sucede así con la palabra de Dios, porque aunque es como la Eucaristía un objeto de nuestra fe, y tiene como aquella sus obscuridades, pero al mismo tiempo comunica sus luces. Ella misma por sí nos sirve de luz, y los santos Doctores nos la dan tambien para que la entendamos. Lo que tiene de obscuro en un lugar, lo dice claramente en otro; y la luz va creciendo en el alma, al paso mismo que en ella crece la humildad, el amor de Dios y el respeto á su divina palabra. Se habla frecuentemente, y sobre todo en los libros del Antiguo Testamento, de una manera mas misteriosa, cubriéndose la verdad con los velos de las figuras, y entonces sus instrucciones suelen ser mas agradables y mas útiles; porque humillándose el alma á vista de su corta capacidad, para poder alcanzar y entender lo que el Señor quiso que quedase obscuro, y santificándose sus tareas con humildes y repetidas oraciones, percibe despues con mayor alegría lo que le costó mayor trabajo.

Esto no obstante se hallan en la Escritura otros lugares, que parecen diferentes de los que acabamos de hablar. Tales son los primeros capítulos del libro de los Números, los cuales nos descubren verdades claras y patentes de historia, y si contienen misterios particulares, no los descubrimos; pero muy bien sabemos, que conducen al tejido de la historia que ciertamente los contiene: sobre lo cual queremos dar aquí una excelente regla, que nos dejó S. Agustin, y que se halla en S. Juan Crisóstomo, y en otros Padres griegos y latinos, y es, que aunque los libros primeros de la Escritura, como son los cinco de Moysés, sean misteriosos, y comprendan grandes verdades bajo de varias sombras y figuras; esto no obstante, no todos nos representan un misterio á cada palabra, aunque todas ellas concurren y se refieran como á su fin, á los misterios, y á las verdades que en sí encierran. Por esto dice S. Agustin, que están en un grande error los que creen que en las sagradas Escrituras no se oculta ningun misterio, sino que solo se ha de atender á la letra y á las historias que en ellas se refieren; y que por el contrario se adelantan á mas de lo que conviene los que afirman, que todo es un puro misterio en la Escritura, empeñándose en demostrarlo; en lo que se excedió mucho Orígenes, y aun algunos de los modernos, que lo quisieron imitar, y llevaron esto tan adelante, que se atrevieron á desconocer la verdad del sentido de la letra, que es el fundamento del sentido espiritual: lo que no impide que se reciban con respeto las explicaciones piadosas, que personas ilustradas y sabias en la verdadera ciencia de la Iglesia, pueden dar á la palabra de Dios; y principalmente en aquellos lugares que se hallan explicados en cualquiera de los Libros sagrados, que sucedieron al Pentateuco.

¹ Sacy in Prefat. ad Levit.

² S. Augustinus Homil. ccc ex Append.

³ Isaie xlv, 15.

Y en confirmacion de esto haremos aquí memoria de lo que se refiere en el cap. xxi, 9 y siguientes sobre la formacion de la serpiente de bronce, que levantada sirvió de medicina á los que se hallaban inficionados del veneno de las serpientes de aquel horrible desierto. El mismo Jesucristo nos descubre, que en esta serpiente se figuraba el grande misterio de la cruz, en la que Jesucristo habia de morir levantado en alto, para que todos los que creyesen en él, consiguiesen su gracia medicinal, y con ella la vida eterna. Las mismas mansiones de los Israelitas, y el tiempo de los cuarenta años que anduvieron errando por aquellos desiertos, ocultan misterios tan sublimes y tan santas instrucciones, como se registran en aquel celebrado salmo de David²: *Venite, exullemus Domino*, que sirve para manifestarnos la paciencia con que el Señor sufre á los pecadores, y los medios de que se vale este Padre misericordioso para excitarlos á la penitencia y á su conversion: y tambien nos indica por lo claro que hay un sábado y un reposo, que no se halla en la ley antigua, ni aun en la nueva, sino que es la propia mansion de los justos en la otra vida, donde celebrarán el verdadero sábado, y gozarán del eterno reposo unidos con Dios en aquel mar inmenso de gloria. Todo lo cual explica S. Pablo en su carta á los Hebréos³, descubriéndonos el sentido sublime, que se oculta en estos textos de los Números.

Asimismo en el órden que Dios establece para las marchas y acampamentos de los Israelitas, reconocemos muy á las claras y admiramos una imágen del que debe brillar en la Iglesia cristiana. La necesidad de una vocacion enteramente divina para el ministerio del sacerdocio, se descubre en el milagro que hizo Dios para hacer patente á todos la vocacion de Aarón; y las flores y frutos que produjo de repente la vara de este pontífice, nos ponen á la vista las virtudes, que deben practicar los que son llamados á la alteza de esta dignidad. Y en el castigo terrible de Coré, y de Dathán y Abirón, se muestra la indignacion con que el Señor mira á los que se atreven á usurpar las funciones que son propias de los ministros del altar. Y para que estos vivan del todo entregados al servicio del templo, les prohíbe tener posesiones en medio de su pueblo; pues la porcion y herencia de ellos habia de ser el mismo Señor, á quien estaban consagrados. Finalmente Moisés y Aarón, que mueren sin hacer entrar á los Israelitas que conducian, ni llegar á verlos en la tierra de promision, nos representan la impotencia de las ceremonias y sacrificios de la Ley antigua, que no tenian virtud para hacer entrar á los hombres en el reino de los cielos; cuya excelencia estaba reservada á solo Jesucristo figurado por Josué, el cual despues de haber hecho pasar á los hijos de Dios por medio del rio Jordan, esto es, por las aguas del Bautismo, los pone en posesion de la celestial Jerusalem.

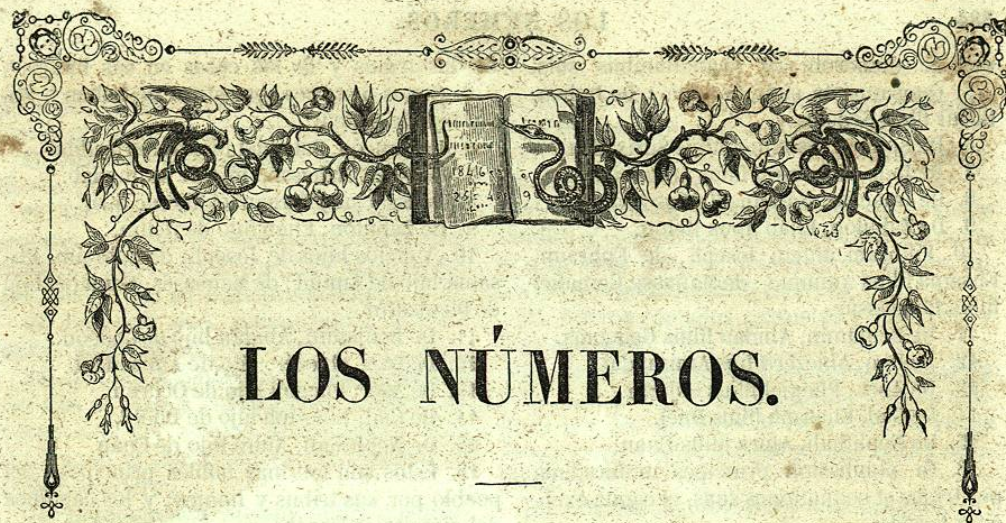
Últimamente volviendo á la comparacion, que dejamos referida de S. Agustin, debemos tener muy presente, que adoramos al Hijo de Dios bajo los velos de la Eucaristía; porque sabemos ciertamente que está allí todo Jesucristo, aunque oculto y escondido, y que entra en nosotros este divino manjar cuando le comemos, no porque lo perciban los sentidos, sino porque lo advierte y enseña la fe. Pues cosa justa es, que la fe nos haga respetar tambien la palabra de Dios con la misma sumision, desprendiéndonos de nuestros sentidos, y cautivando nuestro entendimiento, y que adoremos su verdad, tanto en los lugares oscuros, como en los mas claros, no midiéndola por la cortedad y pequeñez de nuestros talentos, sino por su propia grandeza y majestad. Debemos escuchar en las santas Escrituras la voz de Dios, no por la razon, sino por la fe; no por el entendimiento, sino por el corazon: debemos mostrarnos siempre muy dóciles á las divinas instrucciones, y leer su santa palabra con tal disposicion, que aunque no en todas partes nos sea igualmente clara, en todos lugares la miremos con igual respeto y adoracion; y tener por cierto, que todos los hechos del Antiguo Testamento están llenos de instrucciones y de misterios, aunque no los entendamos.

Todo lo cual he querido advertir en este lugar, como una doctrina muy importante, que deben tener presente los que desean manejar con fruto este y los demás libros de las santas Escrituras.

¹ Joan. iii, 14.

² Psal. xciv.

³ Cap. iii, 7.



LOS NÚMEROS.

CAPÍTULO I.

Encabezamiento de los Israelitas que podian llevar las armas, contando desde los veinte años; y se hallan entre todos seiscientos y tres mil quinientos y cincuenta.

1. Locutusque est Dominus ad Moysen in deserto Sinai in tabernaculo foederis, primæ die mensis secundi, anno altero egressionis eorum ex Egypto, dicens:

2. * Tollite summam universæ congregationis filiorum Israël per cognationes et domos suas, et nomina singulorum, quidquid sexus est masculini

3. A vigesimo anno et suprâ, omnium virorum fortium ex Israël, et numerabitis eos per turmas suas, tu et Aaron.

4. Eruntque vobiscum principes tribu-

1. Y habló el Señor á Moisés en el desierto de Sinai en el tabernáculo de la alianza, el primer dia del mes segundo, el año segundo de su salida de Egipto, diciendo:

2. Tomad la suma de toda la congregacion de los hijos de Israel por sus linajes y casas, y los nombres de cada uno, de cuantos hay del sexo masculino

3. De veinte años y arriba, de todos los varones fuertes de Israel, y los contaréis por sus escuadrones, tú y Aarón.

4. Y estarán con vosotros los príncipes de

1 Todo lo que aquí se refiere hasta el cap. x, 2, sucedió en la mansion duodécima, que fué en el Sinai. El tabernáculo fué concluido un año despues de la salida de Egipto, Exod. xl, 15, y pasado el primer mes del segundo año, habló Dios á Moisés el primer dia del segundo mes, no ya desde el Sinai, como hasta entonces, ni á la puerta del tabernáculo, como se dice en el Exod. xxxiii, 10, sino en el santuario, desde el propiciatorio y oráculo, como habia prometido. Este segundo mes lo era del año santo, que despues del cautiverio de Babilonia comenzó á llamarse *Idar*, y corresponde á la luna de abril.

2 Ya antes se habia hecho otra, Exod. xxxviii, 25, para que cada uno contribuyese con medio siclo para la construccion del tabernáculo; pero esta segunda se hizo á fin de que constase la gente que habia hábil para tomar las armas, y para dar las disposiciones y órden, que debia guardar cada tribu en los acampamentos, al rededor del tabernáculo, que acababa de erigirse, en las marchas y en las batallas. En el Hebreo se lee: *Tomad la cabeza*; esto es, contad las cabezas, recibid á cuenta, poned en lista, pasad revista, etc. Véase lo que sobre esta expresion dejamos notado en el Exod. xxx, 12.

3 Por esta razon eran exciuidos y no se contaban como hombres de guerra los que no habian cumplido veinte años, y los viejos que pasaban de sesenta. Tampoco entraron en lista las mujeres, los prosélitos, y muchos Egipcios que moraban entre los Hebréos. La tribu de Levi fué contada aparte.

4 Cada tribu podia ser dividida en varios cuerpos ó compañías, que se componian de diferente número de hombres: y cada cuerpo ó compañía de estos tenia su caudillo ó capitán.

5 Estos son los que por linea recta de primogénitos descendian de los primeros patriarcas de las tribus, Rubén, Simeón, Judá, etc. Los que procedian por segunda ó tercera linea de los mismos, podian ser príncipes de las familias ó de las casas; pero no de las tribus, á excepcion de los príncipes ó caudillos de la tribu de Levi, que no eran siempre los primogénitos. Cap. iii, 29, 30. Mas por cuanto Nahassón fué llamado príncipe de Judá, que no descendia de Sella, primogénito de Judá, que tuvo hijos; y Caleb era tambien llamado príncipe de Judá, aunque no fuese hijo de Nahassón, sino de Jephone; por esto muchos intérpretes son de sentir, que para este empleo era

a Exod. xxx, 12.